



Escuela de
Seguridad y Defensa

Boletín

ISSN 2737-646X | IAEN - N.º 3 | Junio de 2021

Créditos

Rector del Instituto de Altos Estudios Nacionales
Fernando López Parra

Decano de la Escuela de Seguridad y Defensa
Daniel Pontón

Comité editorial
Francisco Chamorro, Instituto de Altos Estudios Nacionales
Fernanda Brozowski, Universidad Federal de Río de Janeiro
Klever Bravo, Universidad Fuerzas Armadas (ESPE)
Milton Reyes, Instituto de Altos Estudios Nacionales
Diego Pérez, Instituto de Altos Estudios Nacionales

Dirección editorial
Bolívar Lucio

Corrección de estilo
David Chocair

Diagramación y portada
Gabriel Cisneros

Contenido

Presentación
Daniel Pontón

Artículo central
Reconfiguraciones del poder global. Agenda geopolítica en el contexto pospandémico
Diego Pérez

Misceláneos
Suramérica frente al coronavirus. Perturbaciones geopolíticas regionales y debilidades estratégicas nacionales
Galo Cruz

Pensar con estrategia en el siglo XXI: el nudo geopolítica-estrategia
Mauro Argoti

Los peligros del maniqueísmo: de intereses y alineamientos en el orden mundial
Milton Reyes

Entrevista a Paulo Buss
Covid-19 y la integración regional
Entrevistada realizada por Fernanda Brozowski

Presentación

En esta edición de *Paralelo 0.º*, correspondiente a junio de 2021, ofrecemos cuatro artículos que profundizan los temas que remiten a las líneas de análisis de la revista de la Escuela de Seguridad y Defensa del Instituto de Altos Estudios Nacionales. Los documentos elaborados en esta ocasión abordan el impacto de la pandemia en la reconfiguración del orden mundial, en las relaciones internacionales y de poder, transformaciones que no ocurrían desde inicios del presente siglo. También se analizan las políticas de contención y superación de la crisis global que ha impactado en todas las esferas públicas y cuya mitigación también depende de los factores geopolíticos implicados. Asimismo, incluye un relevante análisis del caso del covid-19 en Brasil.

Una de las tesis sostenidas es que quizás el covid-19 será registrado como un ataque biológico al sistema global que venía tensionado por los efectos largos de la crisis financiera iniciada entre los años 2008-2009 y por el debilitamiento de lo público en nuestra región. Todo ello, en un escenario mundial de complejas relaciones entre Estados Unidos, China, Rusia y la Unión Europea que enfrenta un ciclo de declive que no sabemos hasta hoy si será inevitable, lo que confirma que vivimos en brazos de una hegemonía abierta y en pugna.

Por otra parte, la crisis humanitaria ocasionada por el covid-19 puso en evidencia la frágil preparación de los Estados y Gobiernos para asumir un desafío dramático, pero no inesperado, lo que alude a la existencia de políticas públicas poco alineadas con los estudios de centros académicos y estratégicos que desde hace décadas advertían

sobre la alta posibilidad de una contingencia como la que enfrentamos, aspecto que se debe analizar. Hoy el mundo no solo enfrenta los riesgos asociados con el cambio climático, la depredación del medioambiente, la modificación de los patrones demográficos, sino que además deberemos asumir las repercusiones del ciclo pandémico.

La idea de que la actual pandemia sería un episodio breve expresa también un rasgo propio de las grandes tragedias históricas. Como plantean de forma fundamentada los artículos de este número, la recuperación será larga y lenta, de manera singular, sino se implementan políticas públicas articuladas e integrales que contengan la pandemia y que mitiguen el deterioro económico.

Pero, también implicará desafíos geopolíticos muy amplios para no repetir, por inercia, premisas teóricas anquilosadas, provenientes de las pugnas Este-Oeste del siglo pasado. Hoy se trata de un modelo teórico frágil e insuficiente, pero que en ocasiones se continúa utilizando para intentar comprender un tablero mundializado que se ha complejizado, dinámicas que impelen a forjar nuevas categorías y modelos de estudio, en el que aspectos como la bioseguridad, el biopoder y la biopolítica irrumpen como nociones fuertes que tensionan las rutinas conceptuales tradicionales.

En efecto, la cooperación internacional, pero más aún la integración virtuosa de políticas

sanitarias, económicas y sociales, son condiciones para la recuperación y para mitigar los efectos en el desarrollo de los países y en la calidad de vida de las personas. Los balances que ya emergen en relación con los organismos de integración mundial y regional serán duros y, en algunas ocasiones, refundacionales. Fallamos como civilización en los juegos de sumar con rapidez capacidades de respuestas cooperativas para acudir en apoyo de regiones y países de escaso recursos o de lentas capacidades de respuestas, situación que se exacerba en América Latina.

Resulta claro que la reactivación de las economías, la solvencia de los Estados, la eficacia de las políticas públicas y la confianza de las personas y sociedades en que las autoridades mundiales y nacionales hacen lo necesario es una condición para mantener la estabilidad política. No debemos olvidar que en América Latina la crisis sanitaria llega en momentos en los que se han acumulado muchas frustraciones a lo ancho de la pirámide social, indignación y malestar que irrumpe por medio de estallidos sociales, como los de Ecuador, Chile o Colombia, por citar algunos ejemplos, que tienen impactos en lo geopolítico, migratorio y en el ámbito de la seguridad.

Por ello, los artículos de este número instalan de modo transversal la interrogante de cuál es el rasgo distintivo de la evolución histórica mundial en curso. Una primera respuesta tentativa es que los cambios



serán amplios e irreversibles para la humanidad. Las lógicas del trabajo, el estudio, la vivienda y la cultura, en unos marcos de nuevas racionalidades políticas, serán un rasgo que se instale para afectar mentalidades y hábitos públicos y privados. La centralidad de la calidad de vida vendrá a ser un hecho sustantivo de la sensibilidad de las poblaciones mas allá de la urgencia de los servicios de salud y sus calidades. Esto impone no solo un examen desde las economías del desarrollo sino también de estabilidad estructural de muchos sistemas políticos.

Al igual que en otros momentos de agudas mutaciones del siglo pasado, como fue el período posterior a la Primera Guerra Mundial en las décadas de 1920 y 1930 y luego después de la Segunda Guerra Mundial, en 1946, los diseños estratégicos tienden a cambiar con

lentitud en comparación con la aceleración de las transformaciones.

De forma sumaria, podríamos decir que estamos en la línea de frontera entre un período histórico y otro, entre el ciclo que de manera trágica se inició con los atentados terroristas a las Torres Gemelas y el inicio de la pandemia mundial. Lo que hoy emerge de manera desigual es un ciclo de cambios rápidos y de irrupción de singulares demandas por otros modelos de vida.

Como en otras circunstancias, los análisis estratégicos, en sus variadas epistémicas y estilos, deberán ganar en flexibilidad, rigor y en potencia proyectiva. Veamos qué sucede con este desafío no solo en las aulas sino también, y más importante aún, en las instituciones nacionales y mundiales, porque de esto depende la capacidad de negociar intereses divergentes.

Los peligros del maniqueísmo: de intereses y alineamientos en el orden mundial

Milton Reyes Herrera

Instituto de Altos Estudios Nacionales, Escuela de Seguridad y Defensa,
Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Programa de Relaciones Internacionales

Al mismo tiempo que inicio este escrito, existe un nuevo presidente en los EE. UU. Mientras, que, en nuestra región, resulta altamente curioso observar el cómo voces sostienen la misma agenda discursiva del presidente saliente, como si se jugara en ello el evitar algún destino fatídico para los intereses propios o para el futuro de la humanidad.

Una lección que queda meridianamente clara es que en política internacional las alineaciones a posiciones políticas partidarias, y a un solo actor-Estado dentro del orden mundial, demuestran un escaso conocimiento del propio referente al que se apela. En las grandes potencias tradicionales no existen ideologías inmutables, impermeables y menos aún permanentes.

Si los países líderes del sistema ocupan esa posición, es gracias a su capacidad de proyectar una estrategia de largo plazo, acompañada por una indispensable flexibilidad táctica que les permite navegar por las presiones competitivas que se le presentaren en el orden mundial. Los intereses de los complejos Estados-sociedad están por encima del dogma de la ideología y de los

intereses particulares. Tal como plantea José Luis Fiori, entre otros pensadores: las grandes potencias ya fueron, volvieron y regresaron varias veces de la regulación a la desregulación, del aperturismo al nacionalismo económico. La estrategia siempre fue subir, o en el peor de los escenarios mantenerse, y no sostener a cualquier costo un régimen de acumulación concreto, como si se tratara de un principio de fe, o una cruzada ideológica por sostener alguna escuela o teoría económico-política.

Lejos de pensar que, en las grandes potencias y en los países que emergen, el Estado y los actores del mercado se contraponen, se debe reconocer que estos se acompañan; lo cual, junto a otros componentes del poder material y en el ámbito de las ideas, como la cohesión social, consolidan el escenario para que el plano doméstico se proyecte eficientemente en la esfera internacional.

Históricamente entre los tomadores de decisiones estadounidenses, la necesidad de incrementar la cohesión nacional en momentos claves para el mantenimiento de su posición en el poder global ha sido acompañada por la construcción



Foto: Milton Reyes Herrera

de —lo que Martha Cottam caracterizó como— “la imagen del enemigo”; la misma, que ha permitido que su Estado-mercado-nación suture cualquier resquebrajamiento a favor de los altos objetivos de su proyección. Sin embargo, su política exterior reconoce bien que ni los escenarios, ni los actores son permanentes, y menos aún, los socios o los contradictores coyunturales. Y es que si bien, ocasionalmente, el relato binario en las relaciones internacionales ha sido funcional como retórica para legitimar acciones concretas a favor de posiciones propias, ese ha sido solo el contexto y su propio límite, no la real guía de acción estratégica de las grandes potencias.

Por el contrario, en el Gobierno de Trump, más bien se ha generado una matriz de opinión polarizadora que ha resultado en un desacoplamiento; que, por un lado, trató de posicionar a la imagen de un competidor externo, pero con una cohesión social limitada. A dichas complejidades se suma un liderazgo internacional que ha terminado generando más de un dolor de cabeza a la política exterior y a los principios geopolíticos estratégicos presentes desde el proponente de la doctrina Carter, sobre la necesidad de evitar que los intereses chinos, rusos e iraníes se articulen. Posibilidad que se ha venido incrementando, no porque exista entre estos una misma agenda de modelo de acumulación, política y peor civilizatoria, sino, como resultado de percibir una amenaza común.

Dicho de otro modo, la peor pesadilla posible para los intereses globales estadounidenses ha sido posible por la orientación retórica y práctica a una posición maniquea; contradiciendo así las tradicionales guías de acción estratégica de pensadores seminales que han informado a la política exterior y a la geopolítica estadounidense, como Mahan, Spykman, Kennan o Brzezinski, entre otros.

Así, si bien la retórica binaria es superada por la orientación estratégica en la práctica histórica de las relaciones internacionales del propio líder del sistema y de las grandes potencias tradicionales; también, resulta altamente cuestionable que actores y Estados que pretendan emerger fuera de posiciones marginales de la periferia del sistema propongan alineamientos a posiciones políticas partidarias dentro de los Estados centrales; siendo igual de imprudente que promuevan un alineamiento automático y maniqueo a los intereses de cualquiera de los actores centrales del sistema. Y es que la materialización a rajatabla de maniqueísmos en política doméstica e internacional, resulta funcional solo para solidificar grupos predispuestos a interpretar el mundo a través de dogmas, pero nunca ha sido eficiente para procesar los más altos intereses de los Estados y mercados nacionales dentro del complejo juego del orden mundial.

En ese contexto general, el Gobierno de Biden enfrentará dilemas con respecto a la política doméstica y a su proyección

internacional; en el primer caso, si bien su elección fortalece la validez de los propios valores estadounidenses, también presenta al menos dos retos centrales: la reconstitución de un campo político fragmentado y virulento, y la recomposición de la economía tras los efectos del covid-19.

En lo internacional, y especialmente en lo referente al actor percibido como competidor central por el poder global, China se puede señalar dos posibilidades generales: la retomada de la perspectiva presente en el documento *Pacific Century* de Hillary Clinton, y los esfuerzos por construir el *Transpacific Partner Ship* (TPP) ya presentes en el Gobierno de Obama, como forma de ganar posiciones, con un despliegue que articula “el poder de comando” con el denominado *soft power* en la región Pacífico; o persistir con promover balance en el comercio bilateral y la revaluación del yuan, pero desde una perspectiva que atempere la conflictividad directa.

China, por otro lado, a pesar de una reciente asertividad en el plano discursivo, seguirá evitando la confrontación, como forma de mantener la dirección de su crecimiento; resolver los problemas de su población, incluido su problema demográfico; sostener la acumulación de riqueza y poder; e incrementar el prestigio internacional a través de mecanismos de cooperación, que en el caso de la pospandemia será fundamental para su posición, y con proyección

para la recuperación por lo menos parcial de la economía global.

El procesamiento de su acción estratégica está orientada principalmente por el *weiqi* (conocido también como *go*), más que por el ajedrez; y su poder blando, que reconstruye la filosofía tradicional china, se orienta principalmente a la atracción vía asociatividad; y esto, a pesar del conocimiento profundo del realismo y otras matrices teóricas que informa al cuerpo teórico y a la toma de decisiones en las relaciones internacionales.

En tal complejidad, el país no puede permitirse discursos altisonantes y maniqueos. Si el propio líder del sistema, las antiguas potencias y la emergente China, tienen claros sus intereses a largo plazo, lo cual les permite jugar con flexibilidad táctica; el Ecuador debe comprender la necesidad de encontrar un equilibrio entre los beneficios y la cooperación que ofertan los grandes jugadores globales. Actuar pragmáticamente no significa responder reactivamente o desde el calor de la coyuntura, es tener claro los intereses y necesidades estratégicas nacionales y entender el contexto global, así como los escenarios regionales y los momentos sociopolíticos y económicos locales; evitando alineamientos monopólicos, y peor aún, sumándose a conflictos que de ninguna manera solucionan ni nuestras urgencias ni nuestra proyección a mediano y largo plazo.